



PIEZAS ORATORIAS

DISCURSO

Pronunciado el día de la Coronación de la Madre Santísima de la Luz, en la velada literario-musical, por su autor el Dr. José de Jesús González.

Ilmos. y Reverendísimos señores:



¡Id!..... ¡Cómo al impulso del mismo sentimiento palpitan al unísono todos los corazones!..... ¡Escuchad!..... cómo parece que del fondo de este religioso silencio surge como el dulcísimo eco de un canto lejano..... como el delicado susurrar de las brisas..... como el poético rumor de las selvas..... Ah! es que cada corazón es una cuerda vibrante y todos los corazones lira sonora, que, herida por los dedos sonrosados del purísimo amor, deja escapar sus cristalinas notas, primero ténues y dispersas, ligadas después en deliciosos acordes, para estallar al fin en este himno radioso y triunfal, que es grito de amor y de esperanza: ¡Salve, Reina!.....

¡Salve!..... ¡Cómo no es allá corazón, cómo no te

rompes en mil pedazos, cómo no subes á mis labios y mueves mi torpe lengua con todos los impulsos de tu amor, para que pueda, no digo cantar las grandezas de María, no digo pálidamente bosquejar sus glorias ¡no, no! sino siquiera para poder repetir su nombre puesto por el mismo Dios desde antes de todos los siglos!..... Mas ¡ah! palpita siquiera, corazón, vibra con el entusiasmo y amor con que vibran en este recinto todos los corazones, y deja escapar de mis labios un poco de ese amor y ese entusiasmo, para que mis palabras sean al menos una nota en este himno que surge de todos los pechos: ¡Salve, Reina!.....

Eres Reina, Virgen María: circula por tu sangre la sangre real de los Patriarcas, de los Profetas y de los reyes; eres Reina, porque tienes en tus manos el cetro de la misericordia y sobre tus sienes brilla la refulgente corona de la majestad; Reina eres, porque eres la Madre del Rey Universal y tu imperio se extiende por toda la redondez de la tierra, por toda la sucesión de los siglos y por toda la inmensidad de los cielos.

¡Qué pequeño me siento! ¡cómo ante la soberana grandeza de María me anonado! ¡cómo se apaga en mis labios la voz y mi pensamiento se deslumbra al sentir que desciende hasta sus sombras un rayo, aunque sea el más ténue, de la esplendorosa luz que irradia de la Virgen-Madre! ¡Qué palabras hubiera en el humano lenguaje para ensalzar sus glorias, cuando los ángeles mismos no agotarán, durante toda la eternidad venturosa, el asunto de sus alabanzas! Mas ya que es imposible que mis ojos soporten, sin cegar, toda tu luz, deja ¡oh María! de-



ILMO SR. DR. D. RAFAEL S. CAMACHO
Obispo de Querétaro.

ja que al menos te contemple un poco en la trascendental influencia que has ejercido y ejercerás sobre el mundo; deja que recuerde cómo el delicado perfume de tu virtud incomparable ha destruído la pestilencia de vicios en que se asfixiaba la humanidad; deja que traiga á la memoria cómo has sacado á la mujer del lodazal impuro en que yacía y la has transformado en aromosa flor cuyo perfume se exhala en el hogar y de allí se derrama en la sociedad misma; deja, ¡oh Madre! que ahora que tanto se habla de progreso, diga cómo influyes tú en el verdadero y único progreso de los pueblos: el progreso moral, encaminándolos por los senderos de la justicia.

—
¿Qué noche, qué tenebrosa noche envolvía á la humanidad pagana! ¿En qué atmósfera tan nauseabunda se movía!..... ¡Oh, cuán horroroso era descender al abismo de aquellas sociedades, carcomidas por el cáncer de todos los vicios!..... Si se tocaba á las puertas de todos los corazones, sólo se encontraba el estéril egoísmo..... Si se iba en busca de un destello de caridad, de un pálido bosquejo de fraternidad entre los hombres, se encontraba solamente la más refinada soberbia que, en el pueblo más poderoso y culto de aquella época, el Romano, ahondaba una sima sin fondo entre patricios y plebeyos, entre los próceres y los huérfanos de la fortuna..... Si se volvían los ojos hacia la mujer..... ¡ah! ¡cómo, al recordarlo, se inunda el corazón de dolor!.... ¿qué era la mujer? aquella cuya gracia toda, según sentencia del Espíritu Santo (1) estriba en su pudor, encontraba su honor supremo en todo lo que hay de más oprobioso y más infame.

Corazones vacíos de toda nobleza; ojos que nunca se levantaban al cielo en busca de un rayo de luz; espíritus enfermos que después de haber apurado hasta las heces la copa de todos los placeres, buscaban en el suicidio de su lacerado cuerpo, frágil vaso que los contenía, el remedio de todas sus nostalgias..... ¿Cómo, ¡Dios mío! tanto veneno no había matado aquellas sociedades!..... ¡Ah! era que las espesas sombras habrían de hacer más brillante la luz; era que así se percibiría más delicado el perfume que se difundiría más tarde en aquella atmósfera infecta..... ¡Sí, porque un rayo transparente de luz, más casto y puro que un rayo de luna, la humildad de la Virgen alumbraría aquellas sombras; y un delicado aroma de la blanca azucena, la virginal pureza de la Madre de Dios, se derramaría en todo el mundo y llevado por las brisas del cielo, penetraría á todos los hogares y llegaría hasta el fondo de todos los corazones!.....

Transformando aquellas sociedades, haciendo brotar del fondo de aquel pantano de vicios las castas

(1) Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata. Eclesiástico, cap. XXVI, v. 19.

rosas y los albos lirios, las encantadoras virtudes, ¡cuán grande se contempla la obra regeneradora de Jesucristo, la obra verdaderamente social de su doctrina! y ¡cuán delicada, cuán pura, cuán tierna se halla la influencia que en el desarrollo de esa obra tuvo María!.....!

Si queramos sintetizar en pocas palabras el estado moral del mundo antiguo, trazaremos dos rasgos, los más sobresalientes: la degradación de la mujer y la altanera y despiadada soberbia.

Tristeza da recorrer las páginas de la historia; se oprime el corazón de dolor al ver que por largos siglos arrastró la mujer las cadenas de la esclavitud más degradante y vil; la mujer ¡ah!.... la que tiene ahora para nosotros todas las ternuras de una madre y todas las castidades de una esposa..... ¡la mujer que ahora ocupa un lugar preferente en nuestros hogares y en nuestros corazones!.....

Atacada en su pudor, en esa cualidad que es como su propia esencia; herida en su sentimiento el más íntimo, el de la maternidad, porque ella no era la dueña de sus hijos que podían arrancársele á voluntad del padre; desamparada por todas las leyes que le arrebatában todos los derechos y le dejaban todas las cargas, la pobre y desventurada mujer corría por la pendiente de todos los vicios, único sendero que le quedaba libre, y se precipitaba de abismo en abismo.

No puedo desarrollar ante vosotros todos los cuadros de horrible, de repugnante degradación de la mujer, que nos presenta la historia, porque la santidad de este lugar sella mis labios.....

Lo que experimentamos cuando en medio de tenebrosa noche, al caminar en frágil bajel sobre las olas encrespadas de un mar tempestuoso, se desgarró el negro cortinaje de las sombras y descendió hasta nuestras pupilas la luz de una estrella, y hasta nuestro corazón un rayo de esperanza, eso, inmensamente más que eso, debió experimentar la débil mujer cuando, desgarrando las sombras del negro vicio que la envolvía, apareció ante sus ojos la mística *estrella de los mares* inundando su alma de luz y su vida de esperanzas.....

Hasta entonces, hasta el despuntar de aquella aurora, la mujer sólo había tenido ante sus ojos, infames modelos de podredumbre y vicio; las mismas religiones paganas deificaban en la impúdica Venus todos sus extravíos y así encendían en su alma el fuego de todas las concupiscencias y clavaban en su corazón las envenenadas saetas de todos los deseos impuros.....

Pero surgió María, más inmaculada que un rayo de luz, más transparente y pura, más virginal que los mismos espíritus angélicos y desde entonces tiene la mujer un magnífico modelo donde aprender todos sus pudores de virgen, todas sus castidades de espo-

sa, todas sus ternuras de madre, ¡todas las virtudes, en fin, y todas las santidades!.... Y al volver los ojos hacia *aquella estrella de la mañana*, al recibir en su alma toda aquella luz que descendía del cielo, tuvo la mujer derecho de llamar hijo á su hijo, tuvo un escudo que defendiera su pureza, una ley que rompiera las cadenas de la esclavitud que la sujetaba, una mano que la levantara al nivel de todos sus derechos y la colocara en el puesto que le es debido en la familia y en la sociedad....

Así brotó del seno del fangal un blanco lirio, así nació la mujer cristiana, que es la mujer redimida, ennoblecida por la Virgen María, á la purísima luz de sus ojos y al calor ardentísimo de su amor; lo que era podredumbre y vicio se tornó perfume, lo que era pantano se convirtió en nube.

Ahora volvamos los ojos á contemplar otras sombras del gran cuadro de la antigüedad.

La sangre de los poderosos, envenenada por la soberbia, hinchaba de orgullo los corazones. Negro y pavoroso abismo separaba de los potentados á los pobres. En Roma, síntesis de todas las grandezas humanas y de todos los extravíos, no se conformaban con que el pobre llevara sobre sus hombros el peso de todas las miserias, sino que todavía arrojaban sobre sus pies las cadenas de la esclavitud. ¡Ah! y ¿qué era la esclavitud!.... la negación de todos los derechos, hasta del sagrado derecho de la vida: el esclavo no era dueño ni de sus propios hijos; tenía lacerado el corazón de dolor y no podía ni exhalar una queja; el cansancio le hacía desfallecer y se le negaba el reposo; tenía hambre.... y se le daba negro pan amasado con su sangre y con sus lágrimas....

Para el mundo pagano el pobre era una afrenta: se horrorizaba de sus llagas y sentía rubor de sus harapos. Esparta condenaba á muerte á los niños deformes y á los ancianos inútiles, y todas las legislaciones antiguas consideraba al desvalido como una carga social....

¡Oh, pobres! los que lleváis los ojos bañados en lágrimas y el corazón inundado en amargura; los que sentís sobre los hombros el peso de todas las crueldades y sufrís la agonía de todos los desamparos, volved, volved las miras á Jesús nuestro Redentor, y ved cómo se ha vestido con vuestros harapos; abrid vuestra alma sedienta para que recibáis el fresco rocío que brota de sus labios; ¡bienaventurados los pobres!.... —Sí, por Jesús, sólo por Jesús se ha conocido la verdadera igualdad entre los hombres: el mundo maldecía á los pobres y El bendijo la pobreza; el mundo aborrecía á los que eran sus parias y El predicó este precepto: amaos los unos á los otros. Pero en la ejecución de esa obra grandio-

sa que transformó toda la faz del mundo, asoció á María, y sobre las rocas del Calvario, cuando goteaba sangre de la Cruz bendita, la constituyó Madre de todos los hombres, borrando así todas las desigualdades y destruyendo todos los privilegios.

Desde ese momento ¡oh Madre! todos los hombres somos tus hijos, y tanto en el soberbio palacio como en la humilde choza del mendigo, todos, al sentir el vértigo del dolor, podremos experimentar que desciende á nuestro corazón el consuelo al pronunciar esta dulce palabra: ¡Madre!

Y para nadie será el pobre una afrenta; porque tú eres la *Madre de los desamparados*, la salud de todos los dolores y el consuelo de todas las amarguras....

Ya veis, señores, cómo por el ministerio de María fueron resueltos los dos más áridos problemas de las antiguas sociedades: la proclamación de iguales derechos entre los hombres y el ennoblecimiento de la mujer. Pues bien, con la solución de esos problemas fueron cimentadas también sobre firmes bases, las nuevas sociedades y establecidos los principios de todas las instituciones civilizadas de la tierra, naciendo así el verdadero progreso: el que hace del hombre esclavo un hombre libre y convierte la mujer abyecta en mujer pura.

Y sigues, Madre de la Purísima Luz, derramándola sobre el mundo; sigues influyendo en el avance moral de la humanidad; porque el primer elemento de las sociedades es la familia, y en la familia donde tú reinas, reina también el amor, base de toda justicia, purísimo sentimiento que ata con cadena de oro á los esposos, á los hijos con sus padres, á los servidores con sus amos, que hace fácil la obediencia y dulce la autoridad.... ¡En la familia donde tú reinas, reina también la paz!.... ¡ah! ¡la paz!... soñado fantasma tras del cual corren ansiosas las naciones.... ¡sí, fantasma es y será mientras no levantemos al cielo los ojos y el corazón y pidamos á María que inflame nuestra alma en la hoguera de su amor á Jesús; porque Jesús.... es la única y verdadera paz del mundo!....

Sí, ahora que nubes de tempestad ennegrecen el horizonte de los pueblos que se han olvidado de Jesús, ahora que el prócer pretende aplastar al obrero bajo el peso de su oro, y el obrero clava su puñal en el corazón del poderoso; volvamos los ojos á María, reclinemos nuestra cabeza, enloquecida por la fiebre, en su regazo maternal y ella nos enseñará que todos somos hermanos.

¡Oh María! faro que alumbras el proceloso mar de la vida, estrella misteriosa que marcas el rumbo del cielo: tú llevarás á seguro puerto á las modernas sociedades, embriagadas con el humo de un falso

progreso.—Parece que el mundo se desquicia; parece que el ángel de la libertad ha huído de la tierra y que la Justicia se ausentó llorando.... pero no, tú eres el ánfora que encierra la justicia, y pronto, ¡sí, muy pronto, porque eres madre! la derramarás sobre los pueblos que ya tienen hambre y sed de ella: permíteme, ¡oh Madre mía! que en esta solemnidad que es la declaración de nuestro amor, la voz de un mexicano en cuyo suelo te dignaste posar tu planta gloriosa, trémula se levante y, al pedirte justicia, se atreva á recordarte á la doliente Francia que sufre ahora convulsiones de muerte....

¡Sálvala!.... extiende sobre el viejo mundo tu manto protector para que el amor sonría de nuevo en sus hogares y la justicia de nuevo brille en sus leyes: entonces será verdadero el progreso del mundo..... Y para América; mas ¿cómo no esperar que la virgen América avance por senderos de moralidad y virtud, si has sentado en ella tu regio trono, en el corazón de mi patria, en el bendito Tepeyacatl, y con la ter-

nura de tus miradas has llenado de luz todo su cielo, con tu suavísimo aliento has inundado de perfumes sus valles y todo tu amor palpita en el rumor de sus selvas y en la serena majestad de sus montañas!....

¡Ah, Madre, Madre!.... Pero.... mi pensamiento se apaga; porque mi espíritu se inunda en tu luz....; te he contemplado un instante influyendo poderosamente en el progreso del mundo y se presentan á mi mente absorta otras grandezas y, cuando empiezan á envolverme en sus esplendorosas radiaciones, afluyen otras y otras en sucesión interminable como las ondas de la mar.... Y mi corazón se estremece... é inefable fruición circula por todo mi ser.... y mi alma hondamente se conmueve y sube á mis labios y vibra en este grito que surge de todos los corazones: ¡Salve, Reina!

DR. JOSE DE J. GONZALEZ.

